

Las trampas

Diario de a bordo

Sé que el insomnio me ha de perseguir a lo largo de esta travesía cuyo desenlace tal vez restañe la herida de mi honor. Han pasado tres semanas desde nuestra partida y nada hace presagiar un final próximo: los alisios mantienen el barco atrapado en la quietud como una mosca sobre un espejo infinito; sólo se escucha el inútil batir de las velas y los monólogos de la tripulación que ya dialoga con los espejismos. Persiste el insomnio. He tratado de convocar al sueño con largos paseos por la cubierta o contando estrellas desde el castillo de proa. Los hombres me miran, me temen, me observan como a un ser marcado por la infamia o por un destino aciago. No saben que este viaje concitará todos los terrores de la venganza, porque a pesar del tiempo transcurrido, la herida sigue mordiendo en la inexistente pierna. Ya de amanecida caigo agotado en el camarote. Y entonces Moby Dick vuelve a hundir la fragilidad de mi sueño.

Noticia tan temida

Empezaban a ordenar el espacio de la nueva casa. Ella propuso añadir una estantería en el comedor y deshacerse de aquellos horribles cuadros de segadores y carros de bueyes, también las cortinas de un marrón triste y anodino. Él clasificó los libros con un elemental criterio literario y compró bombillas para las lámparas del comedor. Durante ese día se afanaron en borrar las huellas de los antiguos inquilinos; esas presencias intuidas en las manchas de la pared o en el precario orden con que alguien arrumbó unas sábanas sucias en el fondo del armario. Luego cenaron en silencio con cierta voracidad, cansados de la batalla contra el caos doméstico. Él propuso descorchar una botella de vino tinto. Encendieron la radio y en-

tonces una voz cansina, casi desdeñosa, como llegada desde Santa María, dio la noticia. Ella lanzó un gritito muy agudo y ambos se abrazaron en mitad del comedor, entre un desorden polvoriento de cajas de cartón.

Carveriana

Ellos tenían una cabaña al lado del aeropuerto y un terreno donde plantaban cebollas y tomates, dos perros de caza muy sucios y una bicicleta antigua de color verde. Los domingos cocinaban paella para un matrimonio de amigos entre moscas azul cobalto y los gritos de la chiquillería. Luego remataban la comida en el chiringuito de Paco. Allí bebían coñac, hablaban con la mujer del dueño, que solía pasearse con sonrisa de borracha luciendo con orgullo unos muslos varicosos con los que ganó un concurso de minifaldas. Ellos jugaban una partida de mus y ellas criticaban a la mujer de Paco a la que consideraban un poco atrevida. Al atardecer caminaban hacia los coches por el sendero polvoriento. Se perseguían entre las huer-tas y las mujeres reían las bromas procaces de sus maridos. De vuelta a la ciudad, algo somnolientos, escuchaban el rugido de los motores en el aeropuerto y los aviones cruzaban la autopista por encima de sus cabezas.

El contrato

Le sorprendió que los trámites hubieran sido tan sencillos, tan asépticos, guiados por la falsa jovialidad que desprende la retórica administrativa, solemne y vulgar al mismo tiempo. La cita tuvo lugar en un lujoso apartamento del centro de la ciudad. El hombrecito de la joroba le explicó los deberes contractualmente adquiridos con su representado e insistió con una sonrisa sin labios en algunas cláusulas especiales. Muy sencillo. Nada de sacrificios cruentos o festines de sangre en la medianoche —tópicos que achacó a su deformación literaria—. Ni siquiera la fetidez del azufre; en su lugar, el olor dulzón del perfume que una secretaria de belleza de cuadro de Gustav Klimt sembró a su paso por el pasillo.

Jamás hubiera sospechado que fuera tan sencillo un pacto con el diablo.

Sombras que nunca se pierden

A través del lomo del felino, que le miraba con pereza milenaria desde el mullido círculo del regazo de la mujer, el hombre alcanzó su mano. El

gesto, algo atrevido en aquellas circunstancias, pero cortés, y que resumía la historia de ambos —las ausencias, el hilo de una correspondencia tantas veces roto y recobrado, los mensajes cifrados que se enviaron a través de terceros, el tanteo que se prolongó durante una demencia casi adolescente de cuatro lustros— fue correspondido por ella, acogido con un tintineo de pulseras y anillos del color de la plata sucia.

Habían envejecido, y al igual que la casa —sutilmente desmoronada, cuyas maderas recordaban el cuero ajado, algo más desnuda de luz, mucho más silenciosa— descubrían en sus rostros las arrugas, menos cabello en él, los hombros deprimidos, un moño todavía oscuro trenzado en la nuca de ella, los senos tristes bajo la blusa. Las señales que deja el aprendizaje del desencanto: nuevos rasgos que nunca hubieran sospechado en los tiempos de la juventud eterna, casi blasfema, cuando las circunstancias, «la vida», interpusieron un viaje que él inició con fecha de vuelta y cuyo regreso se producía ahora, diecinueve años después, una ausencia en la que mantuvieron una correspondencia apenas interrumpida en la que se habían escrito palabras como «culpa», «reproche», «desamor», «edad adulta», «locura», «incoherencia», «viudedad».

—Sírrete más té, ¿o prefieres un brandy?

Ella insistía, tratando de vencer un miedo incubado precipitadamente cuando supo de su llegada: una llamada telefónica desde el aeropuerto y la voz que reconoció de inmediato —el acento extranjero, inconfundible— al otro lado del hilo telefónico. Un miedo que la había acompañado hasta ese instante y cuyos efectos supo disimular entregada a la crianza de tres hijos: Darío, Mariana, Rosita, sanos y bellos, lejanos ya, en la ciudad, a punto de perpetuar el apellido del padre, al que una obstrucción de las arterias fulminó sobre la hierba del jardín, hacía ahora apenas dos años.

—Tomaré brandy; me gusta y me recuerda a ti y a esto —sonrió— además hace calor, y lo adoro en verano... recordarás.

El hombre miró a su alrededor.

—¿Qué tal vives aquí?

La miró con fijeza, tratando de conjugar de alguna forma nueva a aquel ser. La pintura del lápiz, de un negro casi agresivo, resaltaba el azul marino de los ojos, también la piel blanquísima. El resultado era una mujer de belleza *fin de siècle*, entre dulce, perversa y esotérica.

Ahora no fumaba. Apartó el gato, que saltó hacia el jardín, y cruzó las piernas cubiertas hasta el tobillo por una falda blanca.

—Puedo decir que soy feliz —aventuró—. Vivo tranquila y dispongo de mucho tiempo y el dinero no me falta; sabes que él era muy hábil en los negocios... Cuido el jardín, compro muebles en los anticuarios... estoy aprendiendo alemán... Mis hijos son fuertes, hacen lo que desean y me quieren, pronto

me darán nietos... la verdad es que espero eso más que nada... Conocerás a Darío, llega hoy. Tiene mucho talento para la fotografía. Aquella es suya —señaló hacia el recibidor—.

En la penumbra un retrato de ambos: ella sentada en un columpio, él detrás, sonriendo.

El hombre asintió.

Ella no lo deseaba, pero aquella referencia había creado un silencio en la estancia que el olor del té mentolado parecía acentuar o poblar de una reminiscencia indeseable, agotada.

A través de la ventana, detrás de los muros cubiertos de hiedras, podía verse la vía de ferrocarril; más allá los cerros pelados, erizados de hilos y postes telegráficos.

—Déjame mirarte.

—¿Doy una vuelta?

—Shhh... Cállate —ordenó ella con el dedo índice contra los labios.

Su semblante se endureció. Él aceptó su mirada.

Observó al hombre sentado, al viejo enamorado de la adolescencia con quien no pudo ser, que llegaba montado en las furgonetas de los campesinos, con escritos en un cuaderno de hule azul y las botas cubiertas de polvo, oliendo a sudor en el atardecer. Y vio a un hombre demacrado, con bolsas debajo de los ojos, con algo de impostura en su juvenil vestimenta: camisa blanca y vaqueros. Y debajo de aquel hombre adivinó el boceto del muchacho desaparecido diecinueve años atrás y llegado ahora, como un resucitado, sin saber qué a ciencia cierta, por qué o para qué.

—Deseable —diagnosticó sincera, riendo al aire de la estancia.

—Tú también —dijo él sin pensar, obligándose a algo que acaso podría fulminarle o hacerle desaparecer.

Se hubieran abalanzado el uno sobre el otro, como dos gatos encelados, desnudándose, tropezando con las sillas, derribando la tetera, mojándose con saliva, buscándose la piel del cuello, la consistencia del pecho con voracidad de animales libres al fin frente a la llanura, frotándose y gimiendo sus nombres, algo mareados por todo, si no fuera porque en ese instante alguien anunció una llegada desde el recibidor.

Recompusieron su situación, cambiaron la mirada y ocultaron el breve temblor de sus piernas, cuando apareció el joven: alto, distante, en el umbral de la puerta. El hombre se incorporó.

Con afectada naturalidad ella salió a su encuentro.

—Darío...

Le besó y pasándole el brazo por los hombros, le acompañó en su entrada.

—Éste es Gabriel, un viejo amigo de tu padre y mío... hacía casi veinte años que no sabíamos el uno del otro... —mintió.